

# El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción. - En la Península: Un mes, 1 pta. - En el Extranjero: Tres meses, 850 id. - La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - No se devuelven los originales. Redacción, Mayor, 24. - Administración, Mayor, 18.

Condiciones. - El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. - New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row. - La correspondencia al Administrador.

## ¡LUZ! HAGAMOS HISTORIA

Ya sabe el vecindario de Cartagena el bloqueo, se entiende—porque nos quedamos á obscuras desde la una de la madrugada. No son los culpables ni el alcalde ni los concejales de ahora que tal medida han adoptado. Son los otros; los despilfarradores é ineptos á quienes hay que achacar en esto, como en todo, las deficiencias y el abandono que en la actualidad se observan en los servicios municipales.

Cartagena podría ser una ciudad moderna, limpia, bien dotada: una verdadera capital europea, á semejanza de San Sebastián y Bilbao, que para eso, según el órgano del bloque, se cuenta con un presupuesto de ingresos parecido á los que tienen las dos citadas ciudades que como ejemplo se nos ofrecen.

Y vosotros, caros y celosos administradores de este pueblo, ¿para cuándo guardáis el empleo de esos recursos municipales semejante á los de San Sebastián y Bilbao, á fin de que éste, hasta ahora abandonado pueblo, se parezca á aquéllos, bien dotados, limpios, europeos, etc., etc? Porque lleváis catorce meses de cobrar y administrar esos recursos, que según vuestra declaración son suficientes para transformar esta ciudad, que según afirmáis á diario, sólo tiene vuestros desinteresados cariños.

Y ¿qué habéis hecho? No ha sido ciertamente pagar las atrasadas atenciones, ni habéis cumplido tampoco el compromiso de satisfacer la mayor parte de las contraídas en vuestro tiempo.

Las calles son modelo de suciedad, el estado de las aceras y adoquinado acusan el más completo abandono, las carreteras cuya conservación corre á cargo del Municipio están intrasitables, Cartagena á obscuras, y todavía se tiene el cinismo de criticar á otros pretendiendo por este medio que determinada opinión os absuelva de vuestras culpas.

¿No es aún tiempo? ¿Cuántos presupuestos tendréis necesidad de consumir para que Cartagena llegue á parecerse á las dos ciudades que presentáis como ejemplo? Porque hasta ahora ya hemos dicho lo que se debe á estos regeneradores para cuya gestio-

ción derrocha las alabanzas, con ridícula prodigalidad, el órgano que los ampara y defiende; pero la capa no parece y el movimiento se demuestra andando.

Dice "La Tierra" en su primer artículo sobre "Cartagena casi á obscuras" que por obra y gracia del actual contrato el Ayuntamiento "no tiene más remedio que pagar por el primer alumbrado, cantidad más que suficiente para tener luz durante toda la noche".

Esto es sencillamente una ligereza por no calificarla de otro modo.

Si las mil ciento quince luces que componen en la actualidad el primer alumbrado, según acuerdo municipal bloquista, en cuyo número está comprendido el de Cartagena y sus barrios hubieran de repartirse para que hubiera toda la noche, estaríamos casi tan á obscuras como nos encontramos en la actualidad desde la una de la madrugada.

Hay que tener presente lo que es Cartagena, el número de sus calles y plazas, la extensión de los caminos que conducen á los importantes barrios extramuros dotados de luz, para comprender, sin esfuerzo grande, qué cantidad de aquella habría de corresponder á una y otros si las expresadas mil ciento quince luces se hubieran repartido en los tres alumbrados de que antes constaba este servicio.

Y hay que decir que esas mil ciento quince luces no se han consignado en el contrato actual, "con la vista fija en algún particular ó empresa amigos" como nsidiosamente dice "La Tierra" en su primer artículo.

Mayor que ese número de luces era el que venía encendiéndose durante la vigencia del anterior contrato, cuando por lo visto, el caciquismo fijó su vista para favorecer los intereses de la Compañía Madrileña, á quien estaba confiada y contratado el servicio de que se trata. La Empresa actual, como justificada previsión, pidió y obtuvo del excelentísimo Ayuntamiento, que se reconociera el derecho al encendido en el primer alumbrado, de las ya repelidas mil ciento quince luces, y esto es todo lo que han hecho los abominables ca-

ciques que "La Tierra" nos presenta como insaciables aprovechadores de su influencia.

Y con lo expuesto podrá apreciarse lo horrendo del caso y lo conseguido, para su interés, por el caciquismo local. Que se confirme y ratifique en el actual contrato menos de lo otorgado á los caciques de la Compañía Madrileña de alumbrado, y de lo cual, como cosa nueva, usa y abusa el periódico "La Tierra" con el fundamento, y razón que podrán apreciar nuestros sensatos lectores.

Aquella Empresa, como ésta, necesitaba contar con la base fija de un determinado consumo para ordenar y regular sus medios de producción; pero de esto no quiere ó no le conviene entender al periódico bloquista. El caso es presentar los hechos de manera que puedan utilizarse para lanzar toda clase de inculpaciones y censuras, y que la bola ruede.

Y sigue "La Tierra" desfigurando los hechos á su placer, y aprovechando la ocasión para dirigir sus disparos contra el forasterismo.

La Fábrica de Gas, dice, fué vendida á una Mancomunidad de financieros, que sino erin de Cartagena, tuvieron en cambio suficiente perspicacia para comprender que bien pronto podría triplicarse el consumo, ajustando un contrato con el Ayuntamiento, más productivo que el que la entidad vendedora supo alcanzar.

Claro que si la Mancomunidad á que alude la hubie an formado los cartageneros don Camilo, Bonmati, Anaya y otros conspicuos bloquistas por el estilo, nada tendría que objetar el periódico del bloque sobre la partida de bautismo de los adquirentes de la Fábrica; pero hay necesidad de aprovecharlo todo y cultivar la nota; para satisfacer ciertos apetitos en favor de los cuales algo está obligado á hacer el órgano vasista.

Aparte de esto y con decir que el actual contrato no es más perjudicial para los intereses municipales que el anterior y que el consumo por el concepto de alumbrado público no se ha triplicado ni siquiera ha llegado á duplicarse, queda demostrada la veracidad de lo manifestado por "La Tierra".

Es cierto que el servicio de que se trata ha tenido un aumento de consumo y tal debía suceder si los Ayuntamientos anteriores, como el actual, en algunos casos han juzgado insuficien-

te el alumbrado de algunas vías ó necesario el dotar de él á las que carecían de tal servicio.

Pensar y creer que la antigua dotación podía permanecer inalterable, ó disminuirse, después de ordenarse por los Alcaldes pasados y el actual, las nuevas canalizaciones de la Plaza de España, calles de Gisbert y del Ensanche, nuevo camino de la estación, del que conduce al cementerio y otras, sería creer en un milagro que, por lo visto, sólo es dable realizar á éstos excepcionales administradores.

Y cuéntese, y bueno es que no se ignore, que en los ocho años que tiene de existencia el actual contrato los fabulosos aumentos de luz que se han llevado á cabo aprovechando las influencias políticas de los forasteros caciques que realizaron la compra de la industria á que nos referimos han consistido, en realidad, en CIENTO NOVENTA Y SIETE luces, toda vez que por el contrato anterior se encendían, en dicho primer alumbrado, MIL CIENTO SETENTA Y SIETE, resultando un aumento cierto y efectivo de VEINTICINCO luces término medio anual.

Y conste también, porque hemos tenido ocasión de comprobarlo, que la Dirección de la Fábrica, después de exponer á los señores alcaldes las razones que ha juzgado oportunas para la conveniencia municipal, ha dejado de hacer no pocas de las nuevas instalaciones que en ocasiones diversas fueron ordenadas.

Y para no hacer demasiado extenso este trabajo, mañana continuaremos la labor que nos hemos impuesto.

ra la policía y cuerpo de vigilancia, quedando la población en tinieblas y á merced de la hampa y gente de mal vivir.

Creemos un deber hacerle saber á los marinos italianos que creerían estar en un puerto de Europa y no en un aduar africano, para de este modo evitarles cualquier incidente desagradable.

Y siguen los *ocurretes* hablando de don A. A. Carrión y nos cuentan que éste llevó á la alcaldía la mar de proyectos, entre éstos, el de no pagarle á nadie y de ese modo, le sobraría dinero en Caja y podría proporcionar al *sontado*, más medicamentos á los pobres que padecen la *bloquinorragia* ó infarto del esfinter vasal que produce la monomanía cacicatoria.

O nos relata, en una *interview* que se celebra él mismo que en su deseo de que Cartagena esté á la altura de su al calde, ha mandado construir en Pozo-Estrecho, unos zancos de quince metros de latitud boticarial, para colocarlo en el subsuelo de esta población de España, que es la *novena* y que *no vé ná* gracias á él.

Y seguimos gozando con estas *ocurrencias*!

## "Judith"

Sobre el lecho más blanco que la nieve  
Holofernes dormita fuerte y bello;  
y al respirar se ponen de relieve  
las anchas venas del nervudo cuello.

La púrpora triunfal del cortinaje  
Judith descorre cautelosamente.  
Solo su pecho palpitar se siente,  
cual si quisiera desgarrar su traje.

A la luz de la lámpara a una vela  
la hoja desnuda del alfange brilla  
y fugen sus pupilas de nealies.

Y, cegada á cercén por el acero,  
caíste la ligulita festa del guerrero,  
¡replegando la alfombra de rubies!

Francisco Villaspesa

## Ocurrencias

¡Como se ilumina uno leyendo "La Tierra"!

Es la cuenta que se ha hecho el Bloque.

Ya que apaguemos antes de tiempo los faroles, *alumbremos* las tiernas inteligencias que nos admiran.

¡Y nos alumbrá cada artículo...

¿Dá gusto leer el popular diario, del popular diputado.

Se trata de García Vaso, por ejemplo: pues aquí de los ditirambos bombásticos, que conducen á los articulistas á meter al joven director en los *techos conyugales*, en los que, desde que él reina y gobierna, no se hace otra cosa que hablar de él y por eso tienen razón al decir que ha disminuido el censo de población ó nos lo presentan diciendo "que cuando mozalbete ya jugaba al marro y mataba al caciquismo un día no y otro tampoco".

Y los que no sabíamos esas interioridades tan *ocurrentes*, exclamamos satisfechos:  
¡Qué *ocurrencia*!

Ayer, el propio D. A. A., *interviewado* por el mismo tal vez, nos cuenta las *ocurrencias* de Alcaraz.

Este "fogoso luchador y entusiasta proyectista" nos dice D. A. A., llevó al Ayuntamiento "una máscara" y "dos *ocurrencias*".

¡Ocurrencia es llevar una máscara á aquel palacio de mármol cristalino!

Pues sí, llevó "la máscara del más paciencioso de los hombres"

¡Qué lástima!, cuanto mejor hubiera sido para él llevar una mascarita zalamera, que le hubiere hecho tilín y que le hubiese obligado á decirle al Alcalde en plena sesión y recordando las relaciones de éste con la botica de Pozo-Estrecho:

¡Sr. Alcalde, zaragatoña, qué echo chispas!

Pues además llevó dos *ocurrencias*: Primera: Alumbrar espléndidamente á Cartagena, aún en las noches llamadas de luna.

Pues más *ocurrencia* hubiese sido alumbrar "espléndidamente á Cartagena, aun en los días llamados de sol".

Y lo mismo le hubiese costado al Ayuntamiento.

¡Por el mismo precio que hoy no paga, podrían tener mecheros *Añer* hasta las burras de la leche!

Y la segunda *ocurrencia*, llevar á Los Dolores; *ese alumbrado*.

Aquí se nos ocurre una duda.  
¿Ese se refiere á éste?

¿Al que *no tenemos*?

Si es así, ya lo ha conseguido el señor de Alcaraz pues Los Dolores y

Aún no me habéis perdonado mi duelo con vuestro amigo. ¿Qué queréis? Cometí una falta, bien lo sé. Fíjate tanto mayor, cuanto que yo os habí ajado con una falsa sospecha... ¡Ah!—concluyó su frase con cierto sarcasmo—¡bien sé que le amáis como á un hermano!

Los ojos fijos en el abismo, temblando como hoja arrebatada por el viento, la condesa medía lo profundo con su mirada, y se preguntaba si no se precipitaba en él, por escapar á la suerte que la amenazaba.

—Mi bella prima—repuso Héctor,—sois bien injusta para mí... yo os amo, y vos me maltratáis yo estoy á vuestros pies, y vos me abrumáis con vuestro desdén.

La condesa cesó de fijar sus ojos en el abismo; recobró algún tanto de ánimo y energía, y mirando á Héctor de frente, le dijo:

—Madame de Arguides, caballero, en vez de burlaros.

—¡Mataos! ¡yo, que os amo!

Estas palabras fueron como una bofetada lanzada á la cara de la condesa. No hizo nada que responder; pero su mirada se volvió más desafiante, más cargada de desprecio que nunca, y volvió la cabeza después de un gesto provocador.

—¡Ah!—prorrumpió el conde sarcásticamente—muy atrevida sois, señora. para desafiarme así... —Y añadió con un acceso de súbito furor;—¿no veis que estáis en mi poder?

Levantóse y alzó á medias con sus brazos to-

mayor no había podido arrancar una súplica, aquella mujer se sintió vendida, y arrastróse á los pies del conde, juntó las manos y murmurando:

—¡Por compasión, señor, madame... pero no me insultéis!

La miró un momento, pálida y quebrantada, suplicante y vuelta humilde; advinó el esfuerzo sublime que acababa de hacer, pidiendo gracia, y tuvo compasión de ella. Tuvo compasión de la mujer, que le había herido con su desprecio, renegado, torturado; tuvo compasión porque la amaba... Y, á su vez, pásose de rodillas, y tomándole las manos le dijo:

—Perdonadme... yo estaba loco... loco y cruel... porque os amo... porque hace seis años mi vida no es más que un largo suplicio; porque el recuerdo de mi primera falta emporzofia mis horas y asedia mi pensamiento... loco, en fin, señora, porque hace ocho días, cuando yo imploraba humildemente mi perdón, vos me abofeteabais con vuestro desprecio...

Y tenía lágrimas en los ojos, sollozos en la voz; y, á su vez, la condesa tuvo compasión, persuadida de que en adelante ella triunfaba...

La mujer no tiene ya que temer del hombre que ve á sus pies; sabe bien que ese hombre la respetaría, y la de Durand no podía dudar que bastaría decir una palabra ó hacer un gesto, para que el conde se fuese por donde había venido, tan humilde, tan arrepentido, como amenazador y soberbio hacía un instante.

la repulsión que yo os inspire, consentid por fin en escucharme...

Guardó sombrio silencio.

—Mirad—prorrumpió extendiendo la mano:— allí estaba yo, hace poco, recostado sobre la hierba, en aquel grupo de árboles... me encontraba por casualidad... y os vi llegar, dando el brazo... á ese hombre que llamáis vuestro primo...

La condesa se estremeció... ¿Había, pues, adivinado su secreto?

—¡Ah!—murmuró Héctor con voz que revelaba todas las borrascas del odio y de los celos—¿qué he hecho yo al cielo, señora, para que vos, la única mujer que he amado, vos que sois de mi sangre, cuyo padre era hermano del mío, me abruméis así con ese desprecio, que apenas se le aplicaría en castigo á un criminal, al propio tiempo que dais el nombre de pariente á un bastardo?

La condesa bajó la cabeza. Ese reproche del conde era el único que acaso podía conmovérle...

—Y en fin—exclamó,—¿qué culpa es la mía, señora? ¿qué crimen vergonzoso he cometido, para que vuestro desdén vaya tan lejos que hayáis rechazado mi amor, al solo fin dar vuestro corazón todo entero á Juan el bastardo?

La de Durand arrojó un grito apenas contenido. Héctor la había herido en el corazón, humillándola en su amor.

Entonces aquella mujer altiva y soberbia, á quien el terror de la muerte no había podido doblegar, á quien la inminencia de un peligro aún